

CAPÍTULO V

Preparativos de batalla.

El campamento nuevo del duque de Brabante ocupaba las dos orillas del Escalda, pero su ejército, aun cuando disciplinado y valiente, se veía combatido por un espíritu de indecisión no difícil de comprender.

En efecto, muchos calvinistas servían al duque de Anjou, no por simpatía, sino por dar en ojos á España y á los católicos de Francia y de Inglaterra; peleaban, pues, más por amor propio que por convicción ó por entusiasmo, y se echaba de ver desde luego que, una vez terminada la campaña, abandonarían á su jefe ó le impondrían condiciones.

Además, el duque de Anjou daba á entender que cuando llegase la ocasión cumpliría aquellas condi-

ciones, á que sus nuevos pueblos parecían inclinados, pues su dicho favorito era: « Si Enrique de Navarra se hizo católico, ¿por qué no ha de hacerse Francisco de Francia hugonote? »

En la parte contraria, es decir, entre sus enemigos, existían en oposición con estas disidencias morales y políticas principios distintos, una causa clara, que contaba con decididos defensores, y un acuerdo perfecto, libre de ambición y de cólera.

Amberes había tenido intenciones de entregarse, pero en cierto tiempo y con determinadas condiciones; no rehusaba precisamente aceptar al duque Francisco, pero se reservaba el derecho de esperar los acontecimientos, considerándose bastante fuerte por su situación topográfica y por el valor y la experiencia belicosa de sus habitantes. Sabía también que con extender sus brazos, además del duque de Guisa, que todo lo observaba desde Lorena, encontraría en el Luxemburgo á Alejandro Farnesio. ¿Por qué no había de aceptar en caso preciso el auxilio de España contra el duque de Anjou, como había aceptado el de éste contra España?

Amberes, á pesar de esto, se reservaba la facultad de combatir contra España, después que la España le ayudara á rechazar al duque de Anjou.

De pronto vieron los sitiados aparecer una escuadra en la embocadura del Escalda, y no tardaron en enterarse de que llegaba con el gran almirante de Francia en auxilio de su enemigo, porque el duque de Anjou se había convertido naturalmente en enemigo de los ciudadanos de Amberes desde el día en que les había puesto cerco.

Al ver aquella escuadra y al saber que Joyeuse venía en ella, los calvinistas del duque de Anjou frunciéron el gesto del mismo modo que los flamencos. Eran sin la menor duda muy valientes, pero al mismo tiempo sumamente celosos, y aunque de fácil composición en cuanto á intereses metálicos, no querían que oscureciesen sus laureles unas espadas que habían cercenado las cabezas de tantos hugonotes en la famosa jornada de San Bartolomé.

De aquí nacieron mil reyertas que empezaron en la tarde misma del arribo de Joyeuse y continuaron triunfalmente por algunos días.

Los de Amberes disfrutaban desde las murallas el espectáculo diario de diez ó doce desafíos entre católicos y hugonotes. Los bosques servían de campo cerrado, y se lanzaban al río más cadáveres que los que hubiera costado á los franceses una batalla en campo raso. Si el sitio de Amberes, como el de Troya, hubiese durado nueve años, no hubieran tenido los sitiados precisión de hacer más que estarse quedos contemplando á los sitiadores, porque éstos bastaban para destruirse mutuamente.

Franciseo desempeñaba en todas aquellas reyertas el papel de mediador, pero no sin gravísimas dificultades, pues había contraído compromisos con los hugonotes franceses, y quedar mal con éstos era privarse del apoyo moral de los hugonotes flamencos, que podían prestarle señalados servicios en la toma de Amberes.

Por otra parte, irritar á los católicos enviados por el rey para dejarse matar en su servicio, era para

el duque de Anjou una aceción, no sólo impolítica, sino muy comprometida.

La llegada de este refuerzo, con el cual no contaba ciertamente el mismo duque de Anjou, había causado grande inquietud á los españoles, y los de Lorena por su parte saltaban de furor, de modo que en medio de sus sinsabores gozaba á lo menos el duque de esta doble satisfacción.

Sin embargo, le era imposible contemporizar así con todos los partidos, sin que se resintiese en sumo grado la disciplina de su ejército.

Joyeuse, que, como recordará el lector, no emprendió gustoso aquella expedición marítima, se hallaba muy disgustado entre unos hombres de tan diversos sentimientos; conocía instintivamente que había pasado ya la época de los grandes resultados, que alguna cosa semejante al presentimiento de un revés se fijaba en su mente, y así, tanto por su pereza de cortesano como por su amor propio de capitán, sentía haber venido desde tan lejos para participar de una derrota.

Así, pues, pensaba, y lo decía en alta voz, que el duque de Anjou había hecho mal en sitiar á Amberes, supuesto que el príncipe de Orange, que le había dado este consejo traidor, había desaparecido al ver que se ponía por obra su dictamen, y que su ejército guarnecía la ciudad, á pesar de que había prometido al duque el apoyo del mismo. No se sustraba que hubiese la menor excisión entre las tropas de Guillermo y los ciudadanos de Amberes; y los sitiadores desde que habían sentado sus reales delante de la plaza no pudieron lograr el consuelo

de celebrar el más mínimo choque ocurrido entre los sitiados.

Lo que Joyeuse hacía sobre todo valer en su oposición al sitio, era que la ciudad de Amberes debía considerarse como una capital. Poseerla por su propio consentimiento era efectivamente una ventaja real y positiva; pero tomar por asalto el duque la segunda capital de sus futuros estados era exponerse al odio de los flamencos, y Joyeuse lo conocía demasiado bien para esperar, aun suponiendo que el duque de Anjou se apoderase de Amberes, que dejaran de vengarse tarde ó temprano y con usura de las consecuencias de la conquista.

Joyeuse exponía su opinión sin el menor disimulo en la tienda del duque la misma noche en que hemos conducido á nuestros lectores al campamento francés.

Al paso que los capitanes celebraban su consejo, el duque sentado, ó mejor dicho, recostado en un prolongado sillón, que en caso necesario podía servir de cama, escuchaba, no precisamente los consejos del gran almirante de Francia, sino los preludios de Aurilly, su tocador de laúd.

Aurilly había conquistado el favor del príncipe por sus torpes complacencias, por sus bajas adulaciones y por su asiduidad incesante; nunca le había servido, como los demás amigos, contra el rey ó contra poderosos personajes; de suerte que supo evitar siempre el escollo en que La Mole, Coconnas, Bussy y tantos otros habían naufragado.

Con su laúd, con sus mensajes amorosos, con sus informes exactos acerca de todos los personajes é intrigas de la corte, con sus hábiles maniobras para

proporcionar al duque la presa que deseaba, cualquiera que ésta fuese, había hecho, y puesto en seguridad para un caso de desgracia, una gran fortuna, de suerte que siempre parecía el mismo pobre músico Aurilly mendigando un escudo y cantando como las cigarras cuando tenía hambre.

La influencia de este personaje era inmensa, porque era secreta.

Pero al observar Joyeuse que sus preludios interrumpían los discursos estratégicos que pronunciaba, y que al mismo tiempo distraían agradablemente al duque, dió un paso atrás y guardó silencio.

Francisco hacía como que nada escuchaba, pero realmente lo oía todo; así fué que no se le escapó la impaciencia de Joyeuse, á quien dijo:

— Señor almirante, ¿qué tenéis?

— Nada, monseñor, espero tan sólo que V. A. se desocupe para escucharme.

— Os estoy escuchando, caballero Joyeuse, contestó alegremente el duque. Se me figura que vosotros, los de París, me creéis muy gastado por la guerra de Flandes cuando me juzgáis incapaz de atender á dos personas que hablan á un tiempo, siendo así que César dictaba siete cartas simultáneamente.

— Monseñor, respondió Joyeuse lanzando al pobre músico una mirada que le hizo bajar los ojos humildemente, yo no soy cantante, y por lo mismo no necesito que me acompañen cuando hablo.

— Bien, bien, duque; callaos, Aurilly.

Éste hizo una profunda reverencia.

— ¿Conque es decir, añadió Francisco, que vos,

señor de Joyeuse, no aprobáis mi determinación de sitiarse á Amberes?

— No, monseñor.

— Sin embargo, he adoptado este plan en consejo.

— Por eso, monseñor, y en vista del dictamen de tan experimentados capitanes, sólo puedo atreverme á hablar con la mayor reserva.

Y Joyeuse, á fuer de buen cortesano, saludó á derecha é izquierda.

Al mismo tiempo se oyeron muchas voces afirmando que el dictamen del almirante era conforme al suyo.

Otros, sin hablar, dieron muestras de su asentimiento.

— Conde de Saint-Aignan, preguntó el príncipe á uno de sus más valientes coroneles, ¿no pensáis lo mismo que el caballero Joyeuse?

— Sí, por cierto, monseñor, repuso Mr. de Saint-Aignan.

— Lo digo porque como hacéis tantas muecas....

Todos se echaron á reír, Joyeuse se puso pálido y el conde como una grana.

— Si el conde de Saint-Aignan, dijo Joyeuse, suele dar su parecer de esa manera, podrá decirse que es un consejero que no gasta cumplimientos, y nada más.

— Señor de Joyeuse, replicó con viveza Saint-Aignan, S. A. ha hecho mal en echarme en cara una enfermedad contraída á su servicio: en la toma de Chateau-Cambresis recibí una herida de lanza en la cabeza, y desde entonces padezco contracciones ner-

viosas que ocasionan las muecas de mi rostro, de las cuales acaba de quejarse S. A. Esta, sin embargo, señor de Joyeuse, no es una excusa que os presento, sino una explicación, añadió el conde con desenfado.

— Nada de eso, le contestó Joyeuse estrechándole la mano, es una reconvencción que hacéis, y con justicia.

El rostro del duque Francisco se inmuyó.

— ¿Y á quién, preguntó, va dirigida esa reconvencción?

— Á mí probablemente, monseñor.

— ¿Y por qué había de reconveniros el conde de Saint-Aignan cuando apenas os conoce?

— Porque he podido creer por un momento que Mr. de Saint-Aignan estimaba tan poco á V. A. que le había aconsejado la toma de Amberes.

— Pero el caso es, exclamó el príncipe, que necesito fijar mi posición en este país, pues hasta ahora solo soy duque de Brabante y conde de Flandes en el nombre y es necesario que lo sea también de hecho. El Taciturno, que no sé dónde se esconde, me ha hablado de una soberanía. ¿En dónde está ésta? En Amberes. ¿En dónde está él? Creo que en Amberes también. Pues bien, necesito apoderarme de Amberes para saber á qué atenerme.

— ¡Ah, monseñor! Ya lo sabéis de seguro, ó no seriais tan buen político como se dice. ¿Quién os ha aconsejado la toma de Amberes? El príncipe de Orange, que ha desaparecido desde el principio de la campaña; el príncipe de Orange, que al nombrar á V. A. duque de Brabante se ha reservado para sí el gobierno general del ducado; el príncipe de Orange,

que tiene un interés directo en arruinar á los españoles por medio de los franceses, y á los franceses por medio de los españoles; el príncipe de Orange, que os reemplazará, que os sucederá, si ya no lo está haciendo. Monseñor, por seguir los consejos del príncipe de Orange no habéis hecho hasta ahora otra cosa que indisponeros con los flamencos; de modo que si sufrís un revés, todos aquellos que ahora no se atreven á miraros cara á cara os perseguirán como esos perros cobardes que sólo persiguen á los que huyen.

— ¡Cómo! ¿Suponéis que puedo ser derrotado por mercaderes de lana y consumidores de cerveza?

— Esos mercaderes de lana, esos consumidores de cerveza han dado mucho que hacer al rey Felipe de Valois, al emperador Carlos V y al rey Felipe II, príncipes todos de buena raza, monseñor, para que la comparación con ellos no pueda seros desagradable.

— ¿De suerte que teméis una derrota?...

— Sí, monseñor, la temo.

— ¿Es decir, señor de Joyeuse, que no participáis de ella?

— ¿Por qué?

— Porque no puedo concebir que dudéis de nuestro propio valor hasta el punto de creer que los flamencos os hagan huir. En todo caso tranquilizaos, porque esos prudentes comerciantes van cargados de armaduras demasiado pesadas cuando marchan al combate para que puedan alcanzaros por más que corran.

— Monseñor, nunca he dudado de mi valor; com-

batiré en primera fila, pero en primera fila seré batido, al paso que otros lo serán en la última.

— En resumen, señor de Joyeuse, vuestro razonamiento es poco lógico, pues aprobáis que me haya apoderado de las plazas pequeñas.

— Apruebo que toméis posesión de las que no se defiendan.

— Pues bien, después de tomar las plazas pequeñas, que según decís, no se han defendido, no me parece que debo retirarme delante de la grande tan sólo porque se defiende, ó más bien porque hace ademán de defenderse.

— Y V. A. comete un yerro, porque es mejor retirarse por un terreno seguro, que caer en una emboscada por empeño de seguir adelante.

— Suceda lo que quiera, tropezaré, pero no volveré pie atrás.

— V. A. hará lo que guste, dijo Joyeuse inclinándose, y nosotros por nuestra parte cumpliremos sus órdenes, supuesto que estamos aquí para obedecer.

— Duque, eso no es responder.

— Es, sin embargo, la única respuesta que puedo dar á V. A.

— Vamos, probadme que estoy engañado, porque mi mayor deseo sería poder conformarme con vuestra opinión.

— Monseñor, ¿no era vuestro el ejército del príncipe de Orange? Pues ya veis que, en vez de acampar á vuestras órdenes delante de Amberes, está dentro de la ciudad, lo cual es muy distinto. En cuanto al Taciturno, ya que así le llamáis, era también vuestro

amigo y consejero, y no sólo ignoráis dónde se halla, sino que casi estáis seguro de que el tal amigo se ha convertido en enemigo: si de los flamencos hablamos, tened presente que al veros llegar á su territorio empavesaban sus barcas y sus murallas, y que ahora os cierran las puertas y preparan los cañones contra vuestras tropas, ni más ni menos que si fuerais el duque de Alba. Creedme, monseñor: flamencos y holandeses, Amberes y el príncipe de Orange, sólo aguardan la ocasión propicia de unirse contra vos; y esa ocasión se les presentará al punto que deis la orden de hacer fuego.

— Corriente, respondió el duque de Anjou, descargaremos un mismo golpe sobre Amberes, Orange, flamencos y holandeses.

— Nada de eso, monseñor, porque sólo tenemos la gente necesaria para dar el asalto á la ciudad, suponiendo que no tengamos que habérmolas sino con los de Amberes; de modo que mientras asaltamos la plaza, caerá el Taciturno sobre nuestra retaguardia con sus eternos ocho ó diez mil hombres, siempre destruidos y siempre renacientes, que le ayudan hace ya diez ó doce años á contrarrestar los esfuerzos del duque de Alba, de don Juan Requesens y del duque de Parma.

— ¿Según eso, persistís en vuestra opinión?

— ¿En cuál?

— En que seremos derrotados.

— Sin remedio.

— Pero esta derrota es fácil de evitar, á lo menos por vuestra parte, señor de Joyeuse, prosiguió en tono áspero el príncipe; mi hermano os ha enviado

aquí para sostenerme, y vuestra responsabilidad quedará á cubierto si os digo que no creo tener necesidad de ningún auxilio.

— V. A. puede despedirme, dijo Joyeuse, pero sería vergonzoso para mí retirarme en visperas de una batalla.

Las palabras de Joyeuse fueron acogidas por un murmullo prolongado de aprobación, y el príncipe conoció que se había excedido.

— Mi querido almirante, dijo levantándose y abrazando al joven, veo que no queréis oirme. Creo, sin embargo, que tengo razón, ó más bien, que en la posición en que me encuentro no puedo confesar que me he equivocado; me echáis en rostro mis defectos, y soy el primero en reconocerlos, pues he sido demasiado celoso de mi buen nombre y he querido probar la superioridad de las armas francesas; pero el mal está ya hecho, y no es justo que queráis exponernos á otro mayor. Hállome delante de gentes armadas, es decir, delante de hombres que me disputan lo que me han ofrecido. ¿Queréis acaso que les ceda el campo para que vengan mañana á quitarme palmo á palmo todo el terreno que he conquistado? ¡No, pardiez! Ya se ha desenvainado la espada, y es preciso herir para que no nos hieran. Esta es mi opinión.

— Ya que V. A. habla en estos términos, dijo Joyeuse, me guardaré muy bien de añadir una sola palabra. Aquí estoy para obedeceros, monseñor, y lo haré con el mismo gusto si me lleváis á la muerte que guiándome á la victoria. No obstante.... pero no, no....

— ¿Qué?

— Que quiero y debo callar.

— ¡No, por Dios! Hablad, almirante, hablad : yo lo ruego.

— En todo caso sólo á vos, monseñor.

— ¿Á mí?

— Sí V. A. lo tiene por conveniente.

Levantáronse todos, y se retiraron hasta el extremo de la espaciosa tienda de Francisco.

— Hablad, dijo éste.

— Monseñor puede soportar con indiferencia un revés por parte de la España, y hasta un golpe que deje triunfantes á esos bebedores de cerveza flamencos ó á ese príncipe de Orange de dos caras; ¿pero os acomodaría hacer reír á vuestra costa al duque de Guisa?

Francisco frunció el ceño y dijo :

— ¿El duque de Guisa? ¿Y qué tiene que ver en esto?

— Según dicen, el duque de Guisa ha intentado asesinaros ; pues si Salcedo no lo confesó en el cadalso, lo había dicho en el testamento. Ya veis que si ahora nos dejamos derrotar delante de Amberes, vamos á darle un día de júbilo, y á proporcionarle, tal vez sin necesidad de abrir la bolsa, la muerte de un hijo de Francia, que tan cara había prometido pagar á Salcedo. Leed la historia de Flandes, monseñor, y veréis en ella que los flamencos tienen por costumbre abonar sus tierras con la sangre de los príncipes más ilustres y de los mejores caballeros franceses.

El duque meneó la cabeza.

— Sea lo que Dios quiera, Joyeuse, daré si es pre-

ciso al lorenés maldito el gusto de verme muerto : pero no el de verme fugitivo. Tengo ambición de gloria, Joyeuse, porque soy el único de mi nombre que no ha ganado todavía batallas.

— Os olvidáis de Chateau-Cambresis, monseñor ; verdad es que sois el único.

— Comparad esa escaramuza con la de Jarnac y Moncontour, y hacelle la cuenta de la ventaja que me lleva mi muy amado hermano Enrique. No, no soy un reyezuelo de Navarra, sino un príncipe francés.

Volviéndose después hacia los señores que se habían alejado á las primeras palabras de Joyeuse, añadió.

— Señores, es preciso disponernos para el asalto ; la lluvia ha cesado, el terreno es bueno, atacaremos esta noche.

Joyeuse hizo una reverencia y contestó :

— Monseñor se servirá comunicarnos sus órdenes, que ya esperamos.

— Tenéis ocho navíos sin contar la galera almirante, ¿no es eso, señor de Joyeuse?

— Sí, monseñor.

— Pues bien, forzaréis la línea, lo cual es fácil, pues los de Amberes no tienen en el puerto más que buques mercantes : anclaréis enfrente del muelle, y si veis que está defendido bombardearéis la ciudad, intentando al mismo tiempo un desembarco con vuestros mil quinientos hombres : dividiré el resto del ejército en dos columnas : el conde de Saint-Aignan mandará la una, y la otra estará á mis órdenes : ambas intentarán escalar las murallas por

sorpresa en cuanto se disparen los primeros cañonazos. La caballería formará la reserva para proteger en caso preciso la retirada de la columna que sea rechazada. De estos tres ataques precisamente uno ha de salir bien; así pues, el primer cuerpo que se establezca sobre la muralla disparará un cohete para que los otros dos se le reunan sin detención.

— Pero bueno es preverlo todo, monseñor, dijo Joyeuse. Supongamos, lo que no creéis posible, que las tres columnas de ataque sean rechazadas.

— En ese caso nos acogeremos á los navíos bajo la protección del fuego de nuestras baterías, á donde tal vez no se atrevan á ir á buscarnos los de Amberes.

Los capitanes inclinaron la cabeza en señal de aprobación.

— Ahora, señores, dijo el duque, es preciso guardar el más profundo silencio. Que se despierte á las tropas dormidas y que se embarquen con orden, que ni un solo disparo de mosquete, ni las más leve llama de los vivaques, revelen nuestros designios, y de ese modo, almirante, os hallaréis en el puerto antes que los de Amberes sospechen vuestra partida. Aunque nosotros tenemos que atravesar la bahía y seguir la orilla izquierda, llegaremos al mismo tiempo.

— Retiraos, señores, y buen ánimo; la fortuna que nos ha seguido hasta ahora, no temerá atravesar el Escalda con nosotros.

Los capitanes salieron de la tienda del príncipe y dieron sus órdenes con las precauciones referidas.

Pronto todo aquel hormiguero humano se puso en movimiento haciendo un ruido confuso parecido al que hace el viento al azotar las cañas y las ramas de los árboles.

El almirante se dirigió á bordo de su galera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 6225 MONTERREY, MEXICO